

parte perseguía aun los dispersos, y sobre todo era de toda necesidad que nosotros buscáramos un refugio mas fuerte que el que ocupamos hasta entonces. — Un bosque distante de media milla se presentó á nuestra vista y nos dirigimos hácia él. En vano el enemigo buscaba medios para dispersarnos, en vano nos atacaba cuando hallaba una ocasion, todo fué inútil.

Fué una ocasion en la que todos los oficiales llevaban una carabina, y como nosotros éramos hombres aguerridos, de cualquier lado que el enemigo se presentase le hacíamos frente. Retirando así hasta que llegamos á nuestro refugio, el enemigo no se atrevió á cargarnos. Llegados al bosque, pudimos descubrirlo y lo esperamos hasta la noche.

El enemigo nos gritaba de todas partes: ¡Cuartel! pero nosotros no respondíamos.

XXIX.

LA RETIRADA.

Cuando llegó la noche nos préparamos á partir y tomar el camino de Lages; pero no sucedió así, porque el mayor Peichotto no podia andar á causa de su herida del pié.

A las diez de la noche, habiendo colocado los heridos lo mejor que nos fué posible, emprendimos nuestra marcha abandonando la montaña y siguiendo nuestro bosque, el cual es acaso el mas grande que hay en el mundo, pues se extiende desde el Plata y se encadena con el de las Amazonas, coronando las crestas de la sierra de Espinasso sobre una extension de treinta y cuatro grados de latitud; no conozco la extension de longitud, pero debe ser inmensa.

Los tres departamentos de Cima da Sierra, de Vaccaria y Lages, se hallan (me parece haberlo ya dicho) situados en los claros de ese bosque. Coritibani, especie de colonia formada por los habitantes de Coritiba, en el distrito de Lages, provincia de Santa Catalina, era el teatro del suceso que acabo

de referir. Seguimos esta marcha á fin de reunirnos con las fuerzas de Aranha, que se alejaron de nosotros tan mal á propósito.

A nuestra salida del bosque, aconteció uno de esos sucesos que prueban de qué manera el hombre es hijo de las circunstancias, y lo que influye un terror pánico, aun en los hombres mas valientes. Marchábamos con el silencio consiguiente á nuestra situacion, dispuestos á batirnos si el enemigo se oponia á nuestra retirada. Hicimos un poco de ruido, y un caballo que se hallaba en la orilla del bosque tomó miedo y escapó.

Oimos una voz que gritaba:

— Es el enemigo!

Al instante mismo los setenta y tres hombres que con tanto valor habian resistido á quinientos, y que se puede decir que los habian vencido, se espantaron y huyeron, dispersándose de tal manera, que fué un milagro que alguno de los fugitivos no topase con el enemigo.

En fin pude conseguir reunirlos todos poco á poco, de manera que al amanecer estábamos en el linde del bosque, dirigiéndonos á Lages.

El enemigo, que no tuvo noticia de nuestra retirada, nos buscó inútilmente todo el dia siguiente.

El dia del combate, el peligro habia sido grande,

el cansancio enorme, el hambre imperiosa y la sed ardiente; pero era necesario batirse, batirse por la vida, y esta idea dominaba todas las demás. Una vez dentro del bosque, ya no fué lo mismo; todo nos faltó, y la angustia, no teniendo la distraccion del peligro, se hizo sentir terrible, cruel, insoportable. La falta de víveres, el abatimiento de todos, las heridas de algunos, y la falta de medios para curarlos, todo esto nos desalentó casi completamente.

Estuvimos cuatro dias sin hallar otra cosa mas que raíces; renunció á pintar aquí el trabajo que nos costó el trazarnos un camino en ese bosque, donde no se hallaba un solo sendero y en el cual la naturaleza, tan cruelmente fecunda, forma debajo de sus pinos gigantescos otro segundo bosque de cañas, cuyas ruinas forman en algunas partes murallas infranqueables.

Algunos de nuestros hombres desertaron, desesperados; fué necesaria mucha energía de mi parte, y amenazándolos pude conseguir el que regresaran. No quedaba acaso mas que un solo medio para remediar ese desaliento, y por fortuna lo hallé yo. Reuní todas las fuerzas y les dije que les daba la libertad para que cada uno fuese á donde mejor le acomodase, ó de continuar la marcha todos unidos en cuerpo, protegiendo los heridos y defendiéndose

los unos á los otros. El remedio fué eficaz: desde este momento que cada uno era libre de marchar á donde quisiera, nadie pensó en desertarse, por el contrario, todos confiaron en la salvacion.

Cinco dias despues del combate, hallamos una senda en el bosque, la cual nos condujo á una casa; allí matamos dos bueyes y nos saciamos.

De allí continuamos nuestra marcha hácia Lages, á donde llegamos en un horrible dia de lluvia.

XXX.

ESTANCIA EN LAGES Y EN SUS INMEDIACIONES.

Ese buen país de Lages, que victorioso nos habia festejado tan bien cuando recibió la noticia de nuestra derrota, cambió su bandera y los mas resueltos habian restablecido el sistema imperial. Estos escaparon á nuestra llegada, y como la mayor parte de ellos eran mercaderes dejaron sus almacenes provistos de todo. Esto fué una providencia, puesto que nosotros creimos sin remordimiento alguno poder apropiarnos las mercancías de nuestros enemigos, cuya variedad, ó los diferentes comercios que ellos hacian, mejoró extraordinariamente nuestra posicion.

Sin embargo, Texeira escribió á Aranha, ordenándole que viniera á reunirse con nosotros, y al mismo tiempo tuvo la noticia de la llegada del coronel Portinko, que habia sido mandado por Bento Manuel, para perseguir al mismo cuerpo de Mello, que tan desgraciadamente encontramos nosotros en Coritibani.

Yo he servido en América la causa de los pueblos,

y la he servido sinceramente; allí, como en Europa, era yo pues el adversario del absolutismo; amante del sistema en armonía con mi opinion, y por consiguiente enemigo del sistema contrario. Algunas veces he admirado los hombres, á menudo los he compadecido, jamás los he aborrecido. Cuando los he hallado malos, he sabido muy bien que su maldad y su egoismo nacen de nuestra infeliz naturaleza. Desde entonces me alejé del teatro donde tuvieron lugar los acontecimientos que relato, y desde donde escribo estas líneas me hallo á dos mil leguas de distancia, por consiguiente se puede creer á mi imparcialidad. Pues bien, lo mismo por mis amigos que por mis enemigos, digo que eran intrépidos hijos del continente americano los que yo combatía, pero no menos intrépidos los de las filas en las cuales habia tomado yo mi puesto. Fué pues una audaz empresa la resolucion que hicimos de defender á Lages, contra un enemigo diez veces superior en fuerzas á nosotros, y á quien además una victoria reciente redoblaba la confianza. El rio Canoas nos separaba del enemigo, y un puñado de hombres defendimos el paso, hasta que al cabo de algunos dias se reunieron con nosotros Aranha y Portinko. Tan pronto como llegaron los refuerzos, marchamos contra el enemigo; pero no queriendo aceptar la

batalla, se retiró á la provincia inmediata de San Pablo, donde pensaba hallar un grande socorro.

En esta circunstancia fué cuando me convencí de los defectos y vicios que generalmente atribuian al ejército republicano; compuesto en general de hombres llenos de patriotismo y de valor, no querian estar bajo las banderas mas que mientras el enemigo se acercaba, y las abandonaban cuando este se alejaba.

Ese vicio fué casi nuestra ruina, ese defecto casi nuestra pérdida completa, y si el enemigo en esa circunstancia hubiera sido informado de lo que pasaba hubiera podido acabar con todos nosotros.

Los Serranos daban el ejemplo abandonando la bandera; los hombres que mandaba Portinko le siguieron. Es de notar que los desertores, no solamente se llevaban sus propios caballos, sino tambien los de la division, de manera que nuestras fuerzas se disminuian de dia en dia, con tal rapidez, que nos vimos en la necesidad de abandonar Lages, y retirarnos hácia la provincia de Rio Grande, temiendo la presencia del enemigo obligado á retirarse de nuestro frente y cuya retirada nos venció.

Que sirva esto de ejemplo á los pueblos que quieren ser libres; que sepan bien que no es con flores, con fiestas ni con iluminaciones que se combate á

los soldados aguerridos y disciplinados del despotismo, sino con soldados mas disciplinados y mas aguerridos que ellos; que no se metan pues en esta ardua empresa los que no sean capaces de aguerrir y de disciplinar un pueblo despues de haberlo sublevado.

Hay tambien pueblos que no vale la pena de sublevarlos, porque sabido es que la gangrena no se cura.

El resto de nuestras fuerzas así disminuidas, cuando nos hallábamos privados de las cosas mas necesarias, y particularmente de ropa, — privacion terrible á la llegada del invierno sombrío y crudo de esas regiones elevadas, — los restos de nuestras fuerzas, he dicho, comenzaron á gritar en alta voz, que querian volver á sus hogares. Texeira se vió en la necesidad de ceder á esa exigencia, ordenándome que bajara de la montaña y me reuniera al ejército, pues que él se preparaba á hacer lo mismo. Esta retirada fué muy dificultosa, á causa de los malos caminos y de las hostilidades solapadas de los habitantes del bosque, enemigos acérrimos de los republicanos.

En número de setenta, poco mas ó menos, bajamos pues por la senda DI PELOFFO, y tuvimos que hacer frente á las emboscadas reiteradas é imprevistas, que atravesamos con una suerte inaudita,

gracias á la resolucion de los hombres que yo conducia, y un poco á la confianza sin límites que en general inspiro á los que mando. La senda que seguíamos era estrecha; marchábamos á dos de fondo, sin poder maniobrar á causa de la muralla de cañas que se levantaban por los bordes de tan angosta vereda; el enemigo, nacido en el país, conocia el terreno y se emboscaba en los puntos mas favorables cercándonos y dirigiéndose con precipitacion hácia nosotros con gritos de furor, haciendo algunas descargas sin que pudiéramos ver á los contrarios que felizmente eran mejores gritadores que hábiles tiradores. Además, la serenidad de mis hombres, su admirable union en el peligro fueron tales, que algunos solamente cayeron heridos levemente; pues por fortuna no tuvimos mas que un caballo muerto.

Estos acontecimientos recuerdan, en verdad, los bosques encantados del Taso, donde cada árbol vivia, y tenia una voz y sangre.

En Mala Casa nos incorporamos al cuartel general, donde se hallaba Bento Gonzales, desempeñando las funciones de presidente y de general en jefe.

XXXI.

BATALLA DE TACUARI.

El ejército republicano se preparaba para ponerse en marcha. Respecto al enemigo, después que perdió la batalla de Rio Pardo, se rehizo en Porto Allegre y salió bajo las órdenes del viejo general Georgio, quien estableció su campamento en las orillas del Cahé, donde esperaba la llegada del refuerzo del general Calderon, que con un cuerpo imponente de caballería habia salido de Rio Grande.

Ya he dicho que las tropas republicanas, cuando no se hallaban enfrente del enemigo, se dispersaban y con esto le facilitaban emprender todo cuanto queria; de manera que cuando el general Netto, que mandaba las fuerzas de la campiña, hubo reunido las fuerzas necesarias para batir las de Calderon, este se reunió con el grueso del ejército imperial que, como he dicho, se hallaba en las orillas del Cahé.

En este estado, le era indispensable al Presidente reunirse con la division de Netto, para atacar al enemigo: por esta razon levantó el sitio. Esta maniobra

y la reunion que tuvo lugar dieron un feliz resultado, é hicieron gran honor á la capacidad militar de Bento Gonzales. Partimos con el ejército de Malacasa, con direccion á San Leopoldo, pasando á dos millas del ejército enemigo; y después de dos dias y dos noches de marcha, casi sin comer y sin beber, llegamos á las inmediaciones de Tacuari, donde hallamos al general Netto que venia á reunirse con nosotros.

He dicho sin comer, y he dicho la verdad. Cuando el enemigo tuvo noticia de nuestro movimiento, marchó á nuestra persecucion, dándonos alcance algunas veces y atacándonos mientras que asábamos carne, nuestra única comida. Diez veces consecutivas, al momento en que la carne estaba á punto de comer, los centinelas gritaron á las armas, y nos fué necesario batirnos en vez de almorzar ó de comer. En fin, hicimos alto en Pinhurinho, á seis leguas de Tacuari, y allí tomamos las posiciones para combatir.

El ejército republicano, compuesto de diez mil hombres de infantería y cinco mil de caballería, ocupaba las alturas de Pinhurinho, monte cubierto de pinos, como lo indica su nombre, poco elevado, pero que sin embargo dominaba las montañas vecinas. La infantería formaba el centro, mandada por

el viejo coronel Crezunzio. El ala derecha la mandaba el general Netto y la izquierda Canavarro, ambas compuestas de caballería, la cual sin contradicción era de la mejor del mundo. La infantería era también excelente. El deseo de batirse era general en todos.

El coronel S. Antonio formaba la reserva con un cuerpo de caballería.

Las fuerzas enemigas se componían de cuatro mil infantes, de tres mil caballos y de algunas piezas de artillería; tomaron posición al otro lado de un pequeño torrente que nos separaba, y su aspecto estaba lejos de ser despreciable. Componíanse sus fuerzas de las mejores tropas del ejército imperial, mandadas por un antiguo general sumamente entendido.

El general enemigo nos había hasta entonces perseguido con ardor y había tomado todas las disposiciones necesarias para dar una acción en regla. Dos piezas de artillería, colocadas al otro lado del torrente, herían nuestra línea de caballería. Entonces nuestros valientes soldados de la primera brigada, á las órdenes de Netto, desenvainaron sus sables, esperando el toque de carga para lanzarse sobre los dos batallones que habían pasado el torrente. Esos valientes continentales que ni ellos ni Netto no

habían sido nunca batidos, confiaban en la victoria. La infantería, escalonada por divisiones en la colina y cubierta por un pliegue del terreno, tenía gran deseo de batirse. Los terribles lanceros de Canavarro hicieron un movimiento adelante, envolviendo el flanco derecho del enemigo y obligándole á cambiar de frente con gran desorden.

Era un verdadero bosque de lanzas; este cuerpo, compuesto en su totalidad de esclavos libertados por la república y elegidos entre los mejores domadores de caballos de la provincia, eran todos negros excepto los oficiales superiores. Jamás había visto el enemigo las espaldas de estos hijos de la libertad. Sus lanzas más largas que la medida ordinaria; sus caras atezadas, sus robustos miembros, corroborados aun por sus ásperos y fatigantes ejercicios; su perfecta disciplina y su valor ponían el terror en las filas enemigas.

La voz animadora del jefe había estremecido todos los pechos: «Que cada uno combata hoy como si tuviera cuatro cuerpos para defender la patria y cuatro almas para amarla!» dijo ese valiente, que tenía todas las prendas de un gran capitán, excepto la suerte.

Respecto á nosotros, nuestra alma, por decirlo así, sentía las palpitations de la batalla, y se inun-

daba de la confianza de la victoria. Jamás dia mas bueno, jamás espectáculo mas magnífico se me habia ofrecido. Colocado en el centro de nuestra infantería, á la extrema cima de la colina, descubria yo desde allí todo el campo de batalla. Las llanuras donde se hacia ese juego mortífero de la guerra, estaban sembradas de algunas plantas bajas y raras, que no impedian en nada ni á los movimientos estratégicos, ni á la vista que los presenciaba; yo podia decirme que á mis piés, debajo de mí, en algunos minutos, seria resuelta la suerte de la mayor parte del continente americano, y quizás la del mas grande imperio del mundo.

¿Habrà un pueblo ó no? Esos cuerpos tan compactos, tan unidos los unos á los otros, ¿van á ser deshechos y dispersados? Todo eso ¿no va á reducirse en un instante á cadáveres y miembros separados de sus cuerpos, nadando en sangre? Toda esa hermosa y viviente juventud ¿va á engordar con sus ruinas esos magníficos campos? Vamos pues! sonad clarines, tronad cañones, ruge batalla, y que se decida todo, como en Zama, como en Farsalia y como en Accio!

Pero no, no debia de suceder así: esta llanura no debia de ser la de la mortandad. El general enemigo, intimidado por nuestra fuerte posicion y nuestro

firme aspecto, vaciló, hizo retirar á los dos batallones que habian pasado el torrente, y de la ofensiva se puso en la defensiva. El general Calderon fué muerto al principio del ataque, y quizás por eso vaciló Georgio. Desde el momento en que él no nos atacaba, ¿no debíamos nosotros haberlo atacado? Tal era la opinion de la mayoría. El combate se empeñó con las condiciones primitivas, y á pesar de nuestra admirable posicion, la suerte era nuestra. Empero abandonando la posicion para perseguir á un enemigo cuatro veces mas fuerte que nosotros en infantería, era necesario llevar el combate al otro lado del torrente.

Esto era muy peligroso.

En suma, apenas nos batimos, pues pasamos todo el dia en presencia del enemigo escaramucéandolo.

En nuestro ejército faltó la carne, y particularmente la infantería estaba hambrienta, y la sed era quizás mas insoportable que el hambre; en ninguna parte se hallaba agua, sino en el torrente que se hallaba tomado por el enemigo. Nuestros hombres estaban acostumbrados á todas las privaciones, y una sola queja salió de la boca de los que morian de hambre y de sed, — la de no batirse. — ¡Oh Italianos! ¡Italianos! el dia que estaréis unidos y seréis sobrios, pacientes en la fatiga y en las priva-

ciones como esos hombres del continente americano, estad seguros que el extranjero no atropellará mas vuestra tierra ni ensuciará vuestro hogar. Este dia, ¡oh Italianos! la Italia volverá á colocarse, no solamente en medio, sino á la cabeza de las naciones del universo.

El viejo general Georgio desapareció por la noche, y cuando se hizo de dia, buscamos en vano al enemigo; hácia las diez de la mañana, cuando se levantó la niebla, lo vimos en las fuertes posiciones de Tacuari.

Al poco tiempo, tuvimos noticia que su caballería habia pasado el rio. Los imperiales estaban pues en completa retirada; era necesario atacarlos, y nuestro general no vaciló.

La caballería enemiga pasó el rio embarcada en algunos buques enemigos; pero toda la infantería quedó en la orilla izquierda protegida por los mismos buques y por el bosque; su posicion era pues de las mas ventajosas. Nuestra segunda brigada de infantería, compuesta del tercer y del veinte batallón, fué destinada para principiar el ataque. Lo efectuó con todo el valor de que ella era capaz. Pero el enemigo era tan superior en número á esos bravos, que despues de haber hecho prodigios de valor, se vieron obligados á retirarse, protegidos por la pri-

mera brigada y por el primer batallón de artillería, — sin artillería, — y de la marina.

El combate fué terrible, sobre todo en el bosque, donde el ruido de las descargas de fusilería y de los árboles rotos, en medio del humo, parecia el de una tempestad infernal. No contamos menos de quinientos hombres muertos y heridos de cada parte. Hasta en la orilla del rio se hallaban cadáveres de nuestros valientes republicanos, donde cargaron con denuedo al enemigo y casi lo precipitaron en la corriente. Por desgracia, estas pérdidas fueron sin resultado relativamente á su importancia, pues que, la segunda brigada en retirada, el combate fué suspendido.

A todo esto se hizo de noche, y el enemigo pudo libremente pasar el rio.

En medio de sus brillantes cualidades, que creo haber mencionado, señalaré algunos defectos del general Bento Gonzales: el mas deplorable era cierta hesitación, causa probable de los desastrosos resultados de sus operaciones. Se hubiera deseado que en lugar de lanzar esos quinientos hombres, tan inferiores en número á los que ellos atacaban, se hubiera lanzado contra el enemigo, no solamente toda la infantería, sino tambien la caballería puesta pié á tierra, pues que el terreno no le permitia ba-

tirse a caballo; semejante maniobra nos hubiera por cierto dado una espléndida victoria, y de este modo hubiéramos conseguido arrojar al enemigo al agua; pero por desgracia, el general temió aventurar toda su infantería, la sola que tuviera él, la sola que tuviera la República.

En todo caso, el resultado fué, para nosotros, de una irreparable pérdida, no sabiendo cómo reemplazar nuestros infantes, mientras que por el contrario la infantería hacia la principal fuerza del enemigo, y que numerosos reclutas reemplazaban en seguida las bajas.

En suma, el enemigo quedó en la orilla derecha del Tacuari, dueño por consiguiente de toda la campiña. Nosotros volvimos á tomar el camino de *Mala Casa*.

Todas estas falsas maniobras empeoraron la situación de la República. Volvimos á ver á San Leopoldo y á la Settembrina; en fin á nuestro antiguo campo de *Mala Casa*, abandonado al cabo de algunos dias por el de *Bella Vista*.

Una operacion imaginada en ese tiempo por el general hubiera podido hacernos una excelente posición, si la fortuna hubiese secundado, como debia, los esfuerzos de ese hombre tan desgraciado como superior.

XXXII.

ASALTO DE SAN JOSÉ DEL NORTE.

El enemigo, á fin de ponerse en estado de recorrer la campiña, se vió en la necesidad de sacar infantería de sus plazas fuertes; — San José del Norte, particularmente, tenia muy poca guarnicion.

Esta plaza, situada en la orilla septentrional de la embocadura de la laguna de *Los Patos*, era la capital de la provincia, así respecto á lo comercial como á lo político; — su posesion hubiera cambiado enteramente nuestra posición, tan sombría para los republicanos en aquel momento; su toma se hacia mas que útil, — era necesaria. — En efecto, la ciudad encerraba objetos de todo género, muy indispensables para vestir al soldado que estaba desnudo y en el estado mas deplorable; además, su importancia dominadora como único puerto de la provincia, San José del Norte merecia que se hiciera toda clase de sacrificios para tomarlo; allí se hallaba *la atalaya*, es decir, el mástil de las señales de los buques, para indicar la profundidad de agua en la embocadura. ¿Qué mas podia desearse?

Por desgracia sucedió en esta expedición lo mismo que sucedió en Tacuari. — Conducida con admirable sabiduría y un profundo secreto, se perdió todo el fruto por haber vacilado en dar el último golpe.

Una marcha forzada de ocho días consecutivos, á veinte y cinco millas por jornada, nos condujo á las murallas de la plaza.

Llegamos en una de esas noches de invierno, en las que un abrigo y fuego para calentarse son un beneficio de la Providencia, y nuestros pobres soldados de la libertad, hambreado, vestidos de harapos, sus miembros entorpecidos por el frío y el cuerpo helado por la lluvia de una horrenda tempestad, se avanzaban silenciosos contra los fuertes y las trincheras, guarnecidas de centinelas.

A poca distancia de las murallas se apearon los jefes de sus caballos, dejándolos al cuidado de un escuadrón de caballería, mandado por el coronel Amaral, y reuniendo cada uno sus pobres fuerzas, se preparaba al combate.

El *quién vive* de la centinela fué la señal del asalto; la resistencia fué débil y poco duradera en las murallas, y apenas la artillería de los fuertes hizo fuego. A la una y media de la mañana dimos el asalto, y á las dos nos habíamos ya apoderado de

las trincheras y tomado á la bayoneta dos ó tres fuertes que las guarnecían.

Dueños de la trinchera y de los fuertes, entramos en la ciudad, y parecía imposible tuviéramos que desampararla. — Pues bien! esta vez aun aquello que parecía imposible nos estaba reservado. Una vez dentro de los muros y de las calles de San José, creyeron nuestros soldados que todo estaba concluido; y la mayor parte se dispersaron, llevados por el cebo del saqueo. — En este tiempo, restablecidos los imperialistas de la sorpresa, se reunieron en un barrio fortificado de la ciudad. Les atacamos, pero fuimos rechazados; los jefes buscaban por todas partes á los soldados para renovar el ataque, — pero era inútil, — ó si encontraban á algunos de entre ellos, venían cargados de botín, ó borrachos, habiendo roto sus fusiles á fuerza de dar golpes en las puertas.

El enemigo no perdió tiempo: algunos buques de guerra que se hallaban en el puerto tomaron posición, barriendo con sus baterías las calles donde nos hallábamos. Pidieron refuerzos á Río Grande del Sur, ciudad situada sobre la orilla opuesta de la embocadura de Los Patos, mientras que un solo fuerte que nos descuidamos de ocupar, servía de refugio al enemigo. — El primero de todos esos

fuertes, el del Emperador, cuya ocupacion nos habia costado un glorioso y mortífero asalto, nos fué inútil por la explosion del almacen de la pólvora, que nos mató buen número de gente. — En fin el mas glorioso de los triunfos cambió, hácia medio día, en la mas vergonzosa retirada; los buenos lloraban de rabia y de desesperacion. — Comparativamente á nuestra situacion y á los esfuerzos hechos por nosotros, nuestra pérdida fué inmensa.

Desde entonces, nuestra infantería quedó en esqueleto, y la poca caballería que nos acompañó en la expedicion, sirvió para proteger la retirada.

La division se alojó en Bella Vista, y yo quedé en San Simon con la marina.

Toda mi tropa estaba reducida á unos cuarenta hombres, entre oficiales y soldados.

XXXIII.

ANITA.

El motivo de mi ida á San Simon tuvo por objeto, si no por resultado, construir algunas de esas canoas, hechas de un solo tronco de árbol, y con ellas abrir una comunicacion con la otra parte de la laguna. Empero durante los meses de mi estancia en aquel punto, nunca parecieron las maderas prometidas, y por consiguiente nuestro proyecto no pudo realizarse.

Resultó pues que, como yo aborrezco la ociosidad, en vez de ocuparme de barcas, me ocupé de caballos. Habia en efecto en San Simon cantidad de potros, los cuales sirvieron para que mis marineros se hicieran soldados de á caballo.

San Simon era una hermosa y muy espaciosa quinta, aunque entonces abandonada y destruida en parte; pertenecia á un conde de San Simon, en otro tiempo desterrado, segun creo, y cuyos herederos estaban tambien desterrados como enemigos de la República. Yo no sé si era alguna cosa del famoso